

Andrei Iulian DIN
(Universidad Babeş-Bolyai)

Reflexión sobre el olvidado *sentimiento cómico de la vida de* Miguel de Unamuno

Abstract: (Reflection on the forgotten “comic sense of life” of Miguel de Unamuno) Miguel de Unamuno is, without a doubt, an author that deserves our attention even nowadays. Well-known for his atypical style of writing and his peculiar way of thinking, he always invites his readers to reflect upon topics such as death, love, values, or the meaning of life. Accepting the author's *invitation*, our purpose is to deliberate on one of the aspects that we think has fallen into oblivion within his philosophy and literary creation, namely *the comic sense of life*. This idea may be found in his short novel *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida* and it suggests a different approach on how to deal with *anguish*, existence's contradictions and especially with the issue of *personality*. In addition, our wish is to demonstrate that, despite not being one of Unamuno's most representative works, it is equally important, in terms of hermeneutics, to the understanding of the message that is held by the *puzzle* of his literary creations. Our conclusion aims to extrapolate Unamuno's message in the shape of a reconciliation of opposites: *the tragicomic sense of life*.

Keywords: *Miguel de Unamuno, Existentialism, identity, comic sense of life, tragicomic sense of life.*

Resumen: Miguel de Unamuno es, sin duda alguna, un autor que merece toda nuestra atención incluso a día de hoy. Archiconocido por su estilo atípico y su peculiar modo de pensar, invita siempre a sus lectores a reflexionar sobre temas como la muerte, el amor, los valores o el sentido de la vida. Aceptando la *invitación* del autor español, nuestro propósito es cavilar sobre uno de los aspectos que consideramos olvidados dentro de su filosofía y creación literaria: el *sentimiento cómico de la vida*. Esta idea puede hallarse en su novela corta *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida* y presenta un enfoque alternativo que responde a cómo lidiar con la *angustia vital*, con las contradicciones de la existencia y especialmente con el problema de la *personalidad*. Asimismo, se quiere demostrar que, a pesar de no ser una de las obras más representativas de Unamuno, es igualmente importante, desde el punto de vista hermenéutico, para poder entender el mensaje que encierra el *puzle* conformado por sus creaciones literarias. Nuestra conclusión va encaminada a la extrapolación del mensaje unamuniano bajo la forma de una conciliación de contrarios: *el sentimiento tragicómico de la vida*.

Palabras clave: *Miguel de Unamuno, existencialismo, identidad, sentimiento cómico de la vida, sentimiento tragicómico de la vida.*

1. Introducción

¿Quién soy? ¿Qué es real? ¿Qué es verdadero? ¿Qué es correcto? ¿Qué es justo? ¿Cuál es el sentido de la vida? Preguntas de esta índole, que preocuparon a Miguel de Unamuno, nos siguen invitando a la reflexión incluso hoy en día y quizás seguirán siendo vigentes en un futuro, a la espera de otras respuestas por parte de futuras

generaciones (según el modelo dialéctico del binomio *pregunta – respuesta* de Gadamer).

Uno de los aspectos de mayor recurrencia cuando de la figura de Miguel de Unamuno se trata es la *contradicción*. Esta, visible tanto en su vida como en su obra, marca su pensamiento de manera definitiva y nos da pie a la continua interpretación e incluso a la digresión sobre la complejidad del mensaje cabal que nos transmite el bilbaíno. Este trabajo va encaminado en este sentido, ya que pretende analizar un aspecto sobre el que se ha insistido en menor medida dentro del universo unamuniano; se trata del *sentimiento cómico de la vida*. Lo que se busca es demostrar que Miguel de Unamuno, dentro del cúmulo de obras que marcan su producción literaria, ofrece al mundo un relato que plantea una perspectiva diferente como *respuesta* a su tan famoso *sentimiento trágico de la vida* y que, además, es esencial para una mejor comprensión del problema de la *personalidad* que acongojó al autor durante toda su vida y que, incluso hoy en día, sigue invitando a la cavilación.

2. Pensamiento y creación literaria que invitan a la reflexión

Miguel de Unamuno (1864-1936) es, sin ningún tipo de duda, uno de los grandes pensadores españoles que han marcado un antes y un después en la cultura occidental. Fue un ilustre representante de la llamada Generación del 98 y dejó un legado literario heterogéneo que abarca los grandes géneros, aunque lo que mejor le caracteriza es, quizás, es el hecho de haber sido un gran ensayista (Păcurariu 1977, 123) y novelista (o *nivolista*) que consiguió ahondar libremente en muchos de los temas que se refieren a la vida humana y su complejidad. Toda esta producción literaria se caracteriza por un estilo inconfundible, de tal manera que nos atreveríamos a hablar incluso de un *estilo unamuniano*, particular, que abarca un humor pícaro, acompañado por sobriedad, vehemencia, descripciones minuciosas, contradicciones, intensas exclamaciones, juegos de palabras, paradojas y otros elementos que nos reflejan la personalidad sumamente atípica de este autor (Rujea 2000, 132-146).

Unamuno consigue escribir primorosamente sobre los temas que más le atormentan a él como ser humano. A primera vista parecería este un acto narcisista, sin embargo, por medio del noble oficio de las letras llega a indagar en lo más profundo de su ser, logrando que muchos de sus lectores se identifiquen con sus famosas luchas internas. No importa que el lector esté o no de acuerdo con lo postulado por Unamuno, lo que importa es que, por medio del contacto o el *diálogo* que tiene el lector con la obra e implícitamente con el autor bilbaíno, se pueden abrir puertas de incertidumbre por doquier.

Dentro de su prolífica creación literaria, Unamuno opta, en el terreno de la narrativa, por ingeniar un género literario *sui generis* que le sirva como vehículo de ideas. Es la llamada *nivola* del bilbaíno; esta no responde a los cánones formales del género, sino que tiene sus propias características, que la hacen única, de tal manera que el autor puede hacer testimonio escrito de lo que ocurre en el fondo de su alma. Gracias a la libertad que le confiere el género, en muchas ocasiones el lector se sentirá absorbido

por un discurso literario original. Pero lo que mejor caracteriza la obra de este filósofo español es la relación inherente que tiene con la filosofía; una filosofía que acuña el existencialismo que venía anunciando Kierkegaard con matices a la manera particular de Unamuno, de índole única y original.

El *hombre de carne y hueso* es el que le interesa al filósofo, su angustia vital y sus contradicciones; el hombre que ama, que sufre, que vive y que muere. La relación entre el sujeto y el objeto, en este caso entre el hombre y el mundo, viene determinada primeramente por cómo es concebido el mundo por el ser humano y, en consecuencia, cómo actúa o *interacciona* con él.

“Y es que Unamuno quiso ver la realidad, quiso *hacer* la vida, como la veía nuestro hidalgo: de dentro afuera. Quiso primero creer en unos ideales para luego proyectarlos sobre el mundo de fuera, ese mundo real que todos compartimos pero que quizá no sea más que una cierta fantasía e ilusión.” (Melo Pereira 2017, 72).

El bilbaíno se decanta por una filosofía práctica y vivida, que parte del *yo*, de las dudas existenciales que cualquier ser humano puede tener ante los grandes misterios de la vida, independientemente de la época en la que viva. No busca crear un sistema filosófico como tal, sino, como habíamos mencionado, provocar a sus lectores a la reflexión, hacerles replantear sus creencias, invitarles a pensar de manera original y conocerse a sí mismos, saliendo así del cautiverio de su propia mente; en otras palabras, les exhorta a ser libres. Porque las nociones de cautiverio y libertad se aplican tanto a nivel mental como a nivel físico. Nos lo recuerda el mismo Cervantes: “por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.” (Cervantes 2007, 985).

Arduo cometido, sin duda, el de pensar por nosotros mismos, ya que, en el proceso, nos topamos con la duda y la contradicción cuando queremos establecer una línea que delimite lo genuino de lo que solo creemos que es genuino y sin embargo se ha obtenido de fuentes externas.¹

En definitiva, para Unamuno, la filosofía no se limita a la erudición abstracta o a panoplias de aforismos estériles, sino que va ligada a la existencia. Es la búsqueda de respuestas que nos permitan vivir una vida más lúcida, con sentido y plenitud. Al fin y al cabo, lo que acabó motivando las pesquisas filosóficas del bilbaíno fue justamente la esencia misma de esta disciplina, el amor a la sabiduría, una sabiduría que se refiere a la universalidad que abarca lo verdadero, lo bueno y lo bello (García Berrio, Hernández Fernández 2004, 223).

Por ende, al abarcar pensamiento de Unamuno las grandes preguntas de la humanidad, las respuestas, usualmente, son varias y contrarias, careciendo de un carácter unánime. Este pensamiento contradictorio parecería evocar una perspectiva abstrusa sobre la realidad o el modo de entender el mundo; sin embargo, consideramos

¹ Sobre esta cuestión ahondará el filósofo Gabriel Liiceanu en una de sus obras. Véase Gabriel Liiceanu, *Nebunia de a gândi cu mintea ta*, București, Humanitas, 2016.

que la contradicción misma es antológica, ya que revela un aspecto profundamente humano que responde a los binomios más recurrentes dentro de nuestro imaginario colectivo: día – noche, bien – mal, realidad – ilusión, vida – muerte, etc. Además, la contrariedad no es algo que caracteriza solo a Unamuno, claro está, ya que incluso dentro del corpus literario de la literatura occidental es un tema bastante recurrente. El caso más ilustrativo es el de Don Quijote, al que nuestro autor se refiere en varias ocasiones. Para Unamuno, este arquetipo literario representa “la expresión de una lucha entre lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice.” (Unamuno 2017, 348).

Con respecto a las grandes preguntas de la humanidad, uno de los temas que más trata nuestro autor es el de la fe y la relación del hombre con el más allá, que le preocuparon sobremanera. Se podría debatir si Unamuno fue creyente, agnóstico o ateo; es difícil, sin embargo, saber exactamente qué sentía el filósofo español en lo más hondo de su alma y, además, tampoco es el objeto de estudio del presente trabajo. Unamuno no lo declaró nunca explícitamente, pero lo que sí hizo fue esbozar estas preocupaciones, de un modo u otro, en su producción literaria, especialmente en *Del sentimiento trágico*, *La agonía del cristianismo*, *Niebla* o *San Manuel bueno, mártir*. Lo que observamos al leer estas obras es la duda constante y la contradicción que no llegan satisfactoriamente a una resolución. Esto es harto conocido, pero lo que creemos que se ha mencionado en menor medida es el mensaje que reside en un relato que forma parte de su producción literaria tardía y que acompaña al mensaje postulado en *San Manuel Bueno, mártir* y en *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez*. Se trata de la historia que nos ocupa en el presente trabajo: *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*. Pero antes de analizar este relato, creemos pertinente presentar, al menos en líneas generales, lo que según Unamuno es *el sentimiento trágico*, para así poder entender mejor la filosofía del *sentimiento cómico*.

3. El sentimiento trágico de la vida

Uno de los aspectos de mayor recurrencia a la hora de mencionar a Unamuno es la filosofía que abarca *el sentimiento trágico de la vida*.

Según Unamuno, el *hombre de carne y hueso*, siguiendo su inclinación natural, ansía salvaguardar su identidad frente a la amenaza de la muerte; esto lleva, por “angustia vital” (Unamuno 2017, 226), es decir, *por necesidad*, a la búsqueda de Dios como último “garantizador de nuestra inmortalidad” (Unamuno 2017, 139). Ergo, para que el ser humano pueda justificar y dar sentido a su existencia en el universo necesita de la existencia de Dios.

“Crear en Dios es anhelar que le haya y es además conducirse como si le hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de ésta, la fe, y de la fe la esperanza, la

caridad; de este anhelo arrancan los sentimientos de belleza, de finalidad, de bondad.” (Unamuno 2017, 227).

Sin embargo, incluso explicada así, la salvación de la conciencia individual choca con lo que dicta la razón, ya que la evidencia racional y científica nos confirma lo efímera que es la vida, lo frágil que es el hombre y el inevitable desenlace del destino de cada ser humano; todo ello sumado a la dificultad de sostener racionalmente la existencia de Dios, especialmente después de que nuestro autor leyera a Kant y así entendiera que lo que está más allá de los límites de la comprensión humana no puede ser sino especulación sobre la verdad, pero no la verdad absoluta.

En definitiva, el punto álgido de la tensión vital se alcanza cuando la razón y el corazón llegan a la contradicción. Es lo que llamamos el *sentimiento trágico*, generado a raíz de la contrariedad que resulta de una lucha trágica y permanente sin posibilidad alguna de victoria. Al no poder solventarse de ninguna manera este conflicto, esta discordancia se convierte en un modo de vida.

Podría argumentarse entonces que la existencia cobra una dimensión absurda. Sin embargo, Unamuno nos anticipa que la profunda voluntad de existir, el anhelo de inmortalidad, a pesar de ser absurdo, es el que da un sentido a nuestra existencia (Unamuno 2017, 292-293).

Una sentencia que resume, según el bilbaíno, el *sentimiento trágico*, se encuentra en el Nuevo Testamento, concretamente en Marcos 9:24: “¡Creo, Señor; socorre a mi incredulidad!”¹.

Unamuno sostiene que “esa contradicción es lo que da todo su más hondo valor humano” (Unamuno 2017, 169) a la angustia vital y las incertidumbres del hombre con respecto a la fe. Una coincidencia singular se da con el cénit de la línea interpretativa que traza en este sentido Nicolae Steinhardt en *El diario de la felicidad*. El erudito rumano, a su vez, también observa que en esta contradicción se halla la esencia misma de la condición humana, siendo estas palabras la representación misma de la incertidumbre y de la angustia (Steinhardt 2008, 95-96).

Muchos personajes de Unamuno representan el problema del hombre que, sintiendo y siendo consciente de que va a morir, busca una explicación, justificación o sentido a su existencia para que, de alguna manera, su singularidad cobre sentido y no perezca, a pesar de que el querer pervivir choque con saber que no lo conseguirá. La pregunta que inevitablemente surge a raíz de estas consideraciones es: ¿cómo lidiar con *el sentimiento trágico de la vida*?

Quizás no haya una única respuesta a esta pregunta, aunque creemos que el autor, por medio de sus últimas obras, nos presenta un puzzle de creaciones literarias que abarca una posible solución. Antes de hablar de esta respuesta (o respuestas) que da

¹ Nos resumimos a ofrecer aquí la variante que da el mismo Unamuno, aunque las traducciones varíen dependiendo de la edición del Nuevo Testamento que se consulte. Véase Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo*, prólogo de A. Sánchez-Barbudo, Madrid, Ediciones Akal, S.A., 2017, p. 169.

Unamuno por boca de sus personajes, deberíamos hablar de una figura literaria antológica que había marcado definitivamente al bilbaíno. Se trata de Don Quijote, quien, para Unamuno, es un gran representante de la contradicción que desemboca en el *sentimiento trágico de la vida*. Como es bien sabido, el caballero andante lucha con el fin de encontrar su propio camino y cambiar el mundo; pero, paradójicamente, en su cometido, y a pesar de ser incomprendido por los demás, consigue hacer que el mundo se modele en función de su visión, es decir, a convertir *su realidad en la realidad*.

“Don Quijote es, entonces, un faro de luz para todos porque es capaz de ser un héroe trágico, consciente de su destino, que no defrauda, que no desiste, que se hace fuerte ante el engaño y la burla, en la adversidad, de donde saca victorias pequeñas, molidas a palos, pero que saben a cielo.” (Melo Pereira 2017, 75).

En consecuencia, siguiendo el ejemplo de Don Quijote, la clave parecería estar en nuestra libre elección de escoger un modo de vida excelso y noble que dé sentido a la existencia (algo que nos recuerda a lo abogado por Séneca o Marco Aurelio, entre otros). Es lo que vemos representado por los personajes unamunianos más emblemáticos. La angustia vital que compartimos con el mundo nos hace identificarnos con los demás y sentir más empatía, hecho que propiciará el que queramos actuar de alguna manera. Este *actuar consciente* tiene una doble finalidad, pues da sentido a la existencia individual y a la colectiva. Es lo que hará San Manuel Bueno y de lo que se dará cuenta Emeterio Alfonso.

Sobre este último hablaremos a continuación.

4. La filosofía del “sentimiento cómico de la vida”

A pesar de no ser una obra extensa, *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida* es, como diría Foucault, un *nœud dans un réseau*; una obra que constituye un eslabón importante dentro de la gran cadena literaria unamuniana (y no solamente).

“C’est que les marges d’un livre ne sont jamais nettes ni rigoureusement tranchées: par-delà le titre, les premières lignes et le point final, par-delà sa configuration interne et la forme qui l’autonomise, il est pris dans un système de renvois à d’autres livres, d’autres textes, d’autres phrases: nœud dans un réseau.” (Foucault 1969, 34).

En esta historia, recogida en un volumen conjunto¹, se nos presenta la vida de un joven ahorrativo, Emeterio Alfonso, que esquivo el compromiso de cualquier índole. Es un mozo que busca acaudalar, pero sin un porqué. Disfruta observando su entorno

¹ Se trata de Miguel de Unamuno, *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez, y tres historias más*, Alianza Editorial, Madrid, 2009. Inicialmente, en 1933, el mismo Unamuno había reunido en un mismo volumen a *San Manuel Bueno, mártir*, *La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez*, *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida* y *Una historia de amor*.

y se deleita con las tertulias, los cafés, el teatro y el ajedrez, pero desinteresadamente, evitando implicarse. Nos recuerda, en parte, a la emblemática figura del *flaneur*. A lo largo del relato, Emeterio tendrá conversaciones profundas e incluso contradictorias, punzantes, irónicas y jocosas con Celedonio Ibáñez, el que llegará a ser el “consejero, casi el confesor” (Unamuno 2009, 78) del protagonista. Estos diálogos dialécticos serán esenciales para la evolución del personaje y para el desarrollo de la historia.

Emeterio, circunspecto y cauteloso ante la posibilidad de que le engañen, huye del compromiso con Rosita, una joven que muestra interés en él y que lo declara abiertamente. Años después, Emeterio se arrepiente y se da cuenta que el hecho de haber sido ahorrativo en el amor no le benefició, pero ¿lo hace por miedo al compromiso en sí o porque, mediante el compromiso, cree que dejaría de ser él mismo? Siendo receloso, se aferra a sí mismo y a su conservación para evitar que cualquier factor externo que no controla provoque cambios en *su manera de ser*. Esto es lo que realmente le acongojará a lo largo de su vida, el problema de *seguir existiendo de una determinada manera*, o como diría Unamuno, “el pavoroso problema de la personalidad, si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es.” (Unamuno 2009, 208-209).

Igual que en el caso de Don Sandalio, la interacción de Emeterio con el mundo que le rodea se ve muy reducida, centrándose este en el ahorro como modo y filosofía de vida. El ahorro se aplicará también al dinero, que Emeterio consiguió acumular en cantidades significativas. Así, se acabará convirtiendo en *un pobre hombre rico* que, a pesar de del caudal que había acumulado con los años, seguía viviendo “como una sombra errante y ahorrativa, como un hongo, sin porvenir y ya casi sin pasado.” (Unamuno 2009, 96).

Un momento importante en la historia es cuando don Hilarión, su superior en el lugar de trabajo, le preguntará: “¿Para qué quiere usted ahorrar así y hacerse rico?” (Unamuno 2009, 89) y continuará con un punzante “¿Es ahorrar por ahorrar? ¿Hacerse rico para ser rico?” (Unamuno 2009, 90). Pero lejos de referirse estas preguntas solo al ámbito del dinero, también inquietan sutilmente en “qué sentido da Emeterio a su vida y a sus actos”. Este corto diálogo con don Hilarión le hará sumirse en “una vida imposible, de profunda soledad interior.” (Unamuno, p 90).

La duda, la prudencia, el recelo y, en definitiva, la inacción que muestra en cada situación de su vida le impiden vivir plenamente e incluso perder su identidad, de tal manera que en un momento dado se verá sumido en un vacío existencial.

“-¿Pero qué es de ti, Emeterio? -le preguntó aquél una vez que se encontraron-, ¿qué es de ti?

-Mira, chico, no lo sé. Ya no sé quién soy.

-¿Y antes lo sabías?

-Ya no sé ni si soy... Vivo...” (Unamuno 2009, 96).

La historia tomará un giro cuando Emeterio, durante uno de sus paseos, verá a una chica que le llamará la atención. La curiosidad le llevará a seguirla hasta que, un

día, se dará cuenta de que la muchacha, Clotilde, es la hija de Rosita. A raíz de este suceso se reencontrará con Rosita y las reminiscencias darán paso a la transformación de Emeterio.

El cambio se produce cuando se da cuenta de su error y ve que, en el acto de *crear*, implicarse o simplemente *vivir* está la clave de una vida plena y feliz. Y así, se acabará casando con la mujer a la que había eludido en su juventud.

Para Emeterio el matrimonio llega a convertirse en una forma de compromiso, de actuación, de interacción, que da un sentido a su vida. Emeterio, en vista de obrar por el bien ajeno, acepta que su vida pueda acarrear problemas de diversa índole, pero prefiere enfrentar estos problemas con cierto desinterés, con la aceptación del azar, del riesgo y de todo aquello que había rehuído a lo largo de los años.

Análogamente, para San Manuel Bueno, prioritario era el hecho de poner su oficio y su vida al servicio de los demás, o mejor dicho de la felicidad de los demás, independientemente de los conflictos internos a los que veía sometida su propia alma. Si se compara el ejemplo de Emeterio con el de San Manuel Bueno se verá que son dos caras de la misma moneda. Si analizamos las dos obras encontraremos que el discurso aborda la misma cuestión, aunque en el caso de Emeterio se presente bajo el signo de la ironía. Solo corroboramos lo que el mismo autor declara, hablando sobre *San Manuel Bueno, mártir* y *Un pobre hombre rico*:

“...íntimas profundas relaciones unen al hombre que comprometió toda su vida a la salud eterna de sus prójimos [...] y al que no quiso comprometerse, sino ahorrarse.” (Unamuno 2009, 205).

En palabras de Celedonio, el problema de la vida de Emeterio era “el aburrimiento de la soledad ahorrativa” (Unamuno 2009, 114). Si damos un giro a esta afirmación, la solución sería, pues, salir de la soledad ahorrativa para así no caer en el tedio. Salir de la soledad implica acción, y la acción acabará por cobrar un sentido en el proceso de constitución de la *personalidad imperecedera*.

Los diálogos de Emeterio con Celedonio, que adquieren por momentos una dimensión patética, nos recuerdan incluso que el ejercicio socrático puede ser útil para conocernos mejor a nosotros mismos. Por medio de estos diálogos se llegará a la conclusión de que no solo querer interaccionar con el mundo es importante, sino el modo en el que se interactúa con el mundo. Aquí es donde se nos presenta un matiz que el mismo Emeterio interioriza en un momento de rebelión hacia el autor (su creador) cuando asiente que “sí; hay que cultivar el sentimiento cómico de la vida, diga lo que quiera ese Unamuno.” (Unamuno 2009, 110).

El *sentimiento cómico*, siendo a su vez una forma de *compromiso* o de *no compromiso*, “lleva a los mayores compromisos.” (Unamuno 2009, 204). Esta concepción plantea el *pasar el rato*, el *dejarse vivir* de manera consciente, mostrar cierto desinterés frente a lo mundano, reírse de la vida y de uno mismo, aceptar lúcidamente la posibilidad de sentirse ridículo y reír, ya que la risa tiene un efecto purificador, de catarsis.

“La risa está indicada para los estreñidos, los misantrópicos; es mejor que el agua de Carabaña. Es la virtud purgativa del arte, la catarsis, que dijo Aristóteles, o Aristófanes o quien lo dijera.” (Unamuno 2009, 110).

Al final, el mismo Unamuno considera oportuno advertir al lector que Emeterio Alfonso no tiene un final trágico, como había ocurrido con otros de los personajes o los alter ego del autor, sino que consigue sobrevivir al paso del tiempo. Nos preguntamos si este detalle, a primera vista anodino, no es un indicio para entender cómo concibió realmente Unamuno el *sentimiento cómico de la vida* y a su representante, Emeterio.

“Pero estos hombres así, a lo Emeterio Alfonso -o don Emeterio de Alfonso-, no se matan ni se mueren, son inmortales, o más bien resucitan en cadena. Y confío, lectores, en que mi Emeterio Alfonso será inmortal.” (Unamuno 2009, 115).

La historia de Emeterio nos habla de la contradicción unamuniana con un matiz que creemos que puede dar todavía lugar a debate, más allá de lo que se haya podido estudiar. Ese matiz propicia el que reflexionemos y nos preguntemos, por medio de un giro argumental y con toda la subjetividad interpretativa que ello conlleve, ¿por qué no aceptar la *contradicción* sonriendo a la vida o al destino, siendo actores y espectadores a la vez? ¿Por qué no conciliar lo paradójico o discordante y optar por un *sentimiento tragicómico de la vida*? ¿Por qué no buscar (como pretendió Hermann Hesse con su obra *Narciso y Golmundo*) una simbiosis entre los elementos aparentemente antagonicos?

O, como nos sugiere el poeta Cavafis, ¿por qué no pensar en darle más importancia al camino que al destino final? ¿Por qué no intentar, por arduo o absurdo que resulte, aceptar lúcidamente nuestro inevitable desenlace con una sonrisa y centrarnos más en *disfrutar de las cortapisas o contradicciones del camino*?

Llevado al paroxismo, este *sentimiento tragicómico* que hemos sugerido podría aplicarse a la lucha agónica de Sísifo. Imaginemos por un momento a un Sísifo que es consciente de que, haga lo que haga, está condenado a la derrota existencial; en vez de caer en el desespero, elige aceptar su destino con una serena sonrisa. Sería el caso de un Sísifo que, desde la postura del espectador que contempla el teatro del mundo y la contradicción a la que se ve sumida su vida, encuentra la manera de darle un sentido y sabe que, a pesar de todo, existen también en ella momentos de felicidad.

5. A modo de conclusión

Unamuno es un filósofo que pretende despertar inquietudes, y, a pesar del paso de tiempo, lo consigue de manera primorosa. Aceptando el desafío de Unamuno, el estudio *a posteriori* de su obra nos permite interpretar dialécticamente los posibles significados alternativos que encierra su filosofía.

A raíz de lo que se ha expuesto en el presente trabajo, hemos querido poner de relieve el hecho de que se ha estudiado de manera exigua la pletórica riqueza de ideas

que esconde *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*. Esta obra es insoslayable si tenemos en cuenta que, a su vez, es una pieza clave del puzle de obras unamunianas que abordan el problema esencial de *la personalidad* frente al paso del tiempo.

¿*Quién soy?* Este interrogante (que roza lo aporético) atormentó incluso a Don Quijote y todavía no sabemos si el hidalgo dejó zanjado el asunto o no, ya que nos sigue haciendo reflexionar cuando leemos sus famosas palabras al respecto: “yo sé quién soy” (Cervantes 2007, 58). ¿Es esta la afirmación de Alonso Quijano o de Don Quijote? ¿Quién es, realmente, el que declara saber quién es? Y Unamuno, ¿consiguió dar una respuesta a esta gran pregunta por boca de San Manuel Bueno, Don Sandalio o Emeterio? Y nosotros, ¿sabemos realmente quiénes somos?

Referencias bibliográficas

- Cervantes, Miguel de. 2007. *Don Quijote de la Mancha*. Edición, notas y anexos de Francisco Rico. Madrid: Alfaguara.
- Foucault, Michel. 1969. *L'archéologie du savoir*, Paris : Éditions Gallimard.
- García Berrio, Antonio, Hernández Fernández, Teresa. 2004. *Crítica literaria. Iniciación al estudio de la literatura*. Madrid: Ediciones Cátedra, Grupo Anaya, S.A.
- Liiceanu, Gabriel. 2016. *Nebunia de a gândi cu mintea ta*. București: Humanitas.
- Llovet, Jordi, Caner, Robert, Catelli, Nora, Martí, Antoni, Viñas, David. 2015. *Teoría literaria y literatura comparada*. Barcelona: Editorial Planeta, S.A.
- Melo Pereira, Yónatan. 2017. *Unamuno y Ortega ante Cervantes y el Quijote: el sentir y el pensar de la vida*, en “Philobiblion”. Revista de Literaturas Hispánicas, n. 6, p. 61-76.
- Păcurariu, Doina Maria. 1977. *Miguel de Unamuno*. Cluj-Napoca: Editura Dacia.
- Pedraza Jiménez, Felipe B., Rodríguez Cáceres, Milagros. 2012. *Las épocas de la literatura española*. Barcelona: Editorial Planeta, S.A.
- Rujca, Viorel. 2000. *La literatura italiana y la Generación española de 1989*. Cluj-Napoca: Editura Napoca Star.
- Steinhardt, N. 2008. *Jurnalul fericitiei*. Argument de P.S. Justin Hodea Sigheteanul. Ediție îngrijită studiu introductiv, repere biobibliografice și indice de Virgil Bulat. Note de Virgil Bulat și Virgil Ciomoș. Cu „Un dosar al memoriei arestate” de George Ardeleanu. Iași: Polirom.
- Unamuno, Miguel de. 2009. *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez, y tres historias más*. Madrid: Alianza Editorial.
- Unamuno, Miguel de. 2017. *Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo*. Prólogo de A. Sánchez-Barbudo. Madrid: Ediciones Akal, S.A.